

PRÓLOGO

Es conocida la broma del hipocondríaco Woody Allen cuando dice en alguna de sus entrevistas: «Mi relación con la muerte sigue siendo la misma: estoy completamente en contra». Resulta gracioso porque, aunque, en general, todos estamos «en contra» de la muerte, no se nos ocurre formularlo de ese modo irónico ni con esa conciencia tan tajante de que lo único que se puede opinar de la muerte es que es un verdadero fastidio. Haciendo una pirueta que puede sorprender, Goethe fue sin duda otro hombre y otro artista completamente «en contra» de la muerte. El reverso de la medalla de este gran amante de la vida, que la tuvo tan plena y tanto la supo disfrutar, y que tan seguro de sí mismo parecía, es que fue un verdadero hipocondríaco que podía sufrir momentos de depresión y melancolía, incluso con somatización de enfermedades graves, ante las muertes de las personas más cercanas y la conciencia de su propia mortalidad; por eso, rehuía de un modo casi patológico todo lo que olera a enfermedad y muerte y nunca quiso visitar a moribundos o personas enfermas, ni siquiera a sus amigos o familiares más próximos, así como tampoco quiso acudir a entierros o funerales.

Impresiona pensar que ni siquiera se acercara al lecho de su mujer en sus últimos días, estando con ella en la misma casa —dijo hallarse indispuerto y posiblemente estuviera ya somati-

zando la desagradable situación—, y que fuera ella misma la que, abnegada y activa hasta el final, se ocupara durante su dolorosa agonía de dejar organizados todos los temas concernientes a su funeral y las disposiciones legales para evitarle a él las molestias de algo que tanto aborrecía, al punto de llegar a estipular que el cortejo fúnebre no pasara por delante de la casa para que él no tuviera que ver algo que lo trastornaba tanto. ¡Pobre Christiane, ninguneada por todos en Weimar debido a su baja clase social y cierta apariencia vulgar, casi escondida de todos por su propio marido, aunque posiblemente también bastante agradecida de haber logrado con su enlace legal un reconocimiento tan inesperado, sin haberlo reclamado nunca, e incluso dichosa recordando los momentos de ternura e intimidad con su famoso compañero! Pero, en efecto, Goethe ni la vio muerta ni acudió a su entierro ni fue tampoco al funeral en la iglesia de la ciudad.

Aunque hoy nos pueda parecer escandaloso que el gran hombre se comportara de un modo tan egoísta con su esposa y que no se dignara otorgarle a la que fue su fiel compañera durante veintiocho años, y madre de su único hijo, ese respeto final que se le presta incluso a personas con las que no se ha tenido una relación demasiado estrecha, con todo, aún resulta mucho más escandaloso, desde la perspectiva de la época, el que su aversión enfermiza a los velatorios y a los funerales le hiciera marcharse precipitadamente de Weimar para evitar asistir al funeral y hacer el panegírico oficial de su amigo, patrón y protector, el duque de Weimar, Carl August. Siendo Goethe el ministro más antiguo y el hombre de Estado más importante y representativo del ducado después del propio duque, por no hablar de la íntima y antigua amistad que lo unía a este, resulta inexplicable que huyera de la ciudad y se refugiara en uno de los tres y no muy lejanos castillos de la ciudad de Dornburg —en concreto en el renacentista, que hoy alberga un museo Goethe— para evitar estar presente en la iglesia del castillo de Weimar en donde se exhibió el cadáver en un catafalco de gala. Parece una reacción tan inexcusable como su pobre excusa: «esos homenajes mortuorios de

cuerpo presente no son lo que a mí me gusta». ¹ Pero, en su fuero interno, se siente bastante inquieto mientras permanece durante no menos de diez semanas lejos de Weimar, sin regresar siquiera a tiempo de recibir al príncipe heredero, su nuevo duque y señor (al que la noticia del fallecimiento del padre ha sorprendido en Rusia), forzando de ese modo su propia situación ante la corte hasta el límite de lo tolerable, como él sabe muy bien. Y como se siente culpable, se excusa lo mejor que puede en sus misivas a la corte aduciendo la depresión que sufre por el luctuoso suceso e insistiendo en que trata de superarlo viviendo alejado de todo y en una completa soledad en Dornburg: «como un ermitaño, un eremita».

Ahora sabemos, por los documentos de la época, que durante esas semanas en Dornburg, Goethe no solo vive acompañado de su criado y de los encargados del castillo, que lo alojan en los mejores aposentos y lo tratan a cuerpo de rey (y lo pasan bastante mal para encontrar campesinos, cazadores y pescadores que lleven diariamente al castillo buenos venados, anguilas o verduras), sino que también nos consta que come todos los días acompañado por no menos de seis y hasta diez personas y que, aunque no se le pueda tildar de glotón, tal vez sí quepa llamarlo gourmet, pues pese a hallarse fuera de su casa sigue cuidando al detalle su mesa y se hace mandar buenos vinos desde Franconia, alcachofas y aceite de la Provenza desde su Fráncfort natal, o bien champán y otros artículos que le encarga a su hijo en Weimar. Además, sabemos que durante ese tiempo de depresión y duelo recibe en Dornburg a no menos de ciento cuarenta invitados y admiradores procedentes de Berlín, París, Inglaterra (como los dos hijos del duque de Wellington), Finlandia, Rusia y América, siguiendo por tanto el mismo tren de vida que ya era habitual en sus últimos años de

¹ Mientras no se diga expresamente lo contrario, las citas de este capítulo se han tomado de la obra de Sigrid Damm consignadas en la bibliografía, especialmente la de 2020.

fama, pues su casa de Weimar se había convertido en un lugar de peregrinación para poder ver de cerca a aquel monumento vivo. Para un ermitaño y un hombre sumido en el duelo, no está nada mal, y aunque no cabe dudar de sus sentimientos depresivos por la muerte de su amigo, desde luego tampoco le hacen perder su aferramiento a las buenas cosas de este mundo, tal vez precisamente para olvidar el suceso. Pero es que así reaccionaba Goethe: sencillamente no podía soportar pensar en la muerte de su amigo y protector, no era capaz de ver su cadáver expuesto, no quería recordarlo metido en el féretro. No lo hizo tampoco cuando falleció su, antes tan amada, Charlotte von Stein; no lo hizo para honrar a la duquesa regente Anna Amalia, madre de Carl August, la sensible y culta mujer que había favorecido la decisión de su hijo de llevarlo a Weimar como educador y consejero, y con la que tuvo una gran intimidad; no lo hizo para su buen amigo Schiller, pese a lo mucho que le dolió y alteró su pérdida; desde luego no lo hizo para su severo padre y ni tan siquiera para despedirse de su propia madre, la que tanto lo mimó de niño, pues él era su preferido, la que siempre era tan alegre y positiva, una persona que jamás le causó molestias: a ninguno de ellos les presentó sus últimos respetos, a ninguno lo vio metido dentro de un ataúd.

Conviene puntualizar que en el listado de enfermedades y muertes de las que Goethe trató siempre de escapar, en la mentalidad de la época hay que incluir los nacimientos, a menudo largos y difíciles, sangrientos, y no pocas veces con un fatal desenlace para el niño o la madre. Al fin y al cabo, él perdió a cuatro hijos recién nacidos. Aterrado ante esa posibilidad, en cuanto se anunciaba un parto en su casa, ponía tierra de por medio. Y, así, cuando nace su primer nieto en abril de 1818 —una descendencia que él esperaba con enorme ilusión para tener asegurado un heredero de su nombre y estirpe—, se refugia en Jena, en donde espera impaciente y muy nervioso hasta que un húsar especialmente enviado con suma urgencia por el duque le lleva la noticia del dichoso acontecimiento: por fin es abuelo de un niño sano y fuerte: Walther Wolfgang von Goethe.

En consonancia con su aversión a la muerte, muchos testigos de la época también se asombran de la frialdad pasmosa y rayana en el cinismo con que Goethe suele comentar los sucesos luctuosos, seguramente para poner un escudo contra sus propias emociones: por ejemplo, el día de la muerte del duque —acaecida bruscamente en una etapa de un viaje de regreso de Berlín a Weimar—, el canciller von Müller llega sin aliento a casa de los Goethe para anunciar el suceso, interrumpiendo la comida del mediodía, como casi siempre celebrada en compañía de unos cuantos amigos que se deleitan con la afamada cocina de esa casa; además, ese día en concreto, la visita del canciller también interrumpe una pequeña sorpresa preparada por el anfitrión, que ha hecho venir a unos músicos tirolese para amenizar la recepción con sus canciones y tonadas; pues bien, lo que anota aquella noche Goethe en su diario no es el dolor o cuanto menos la sorpresa por la muerte del duque, que tuvo que ser un choque para él, sino algo que más parece puro fastidio: «la noticia de la muerte del duque nos estropeó la fiesta». Es cuanto menos sorprendente. De la muerte de su mujer también da cuenta brevemente en su diario diciendo: «Inminente final de mi mujer. Último y terrible combate de su naturaleza. Partió hacia el mediodía. Vacío y silencio mortal dentro de mí y a mi alrededor»; sí, en este caso al menos habla de un «vacío», pero siempre referido a él mismo, parece condolerse de sí mismo más que de ella, y pasa de inmediato a comentar y anotar fríamente al lado de ese terrible suceso los asuntos de otra índole que le ocupan en esos días. Los ejemplos de este tipo serían casi infinitos. Cuando fallece su hijo August a los cuarenta años, lejos de casa, en un viaje a Italia, Goethe le espeta al doctor Vogel, que acude muy nervioso a darle la noticia: «Ya sabía que había concebido a un hijo mortal». El desafortunado August, siempre con sentimientos de inferioridad por no estar a la altura de su progenitor ni de su ingeniosa y bella mujer, vivió siempre utilizado por su padre y a la sombra de él, incluso en la muerte; enterrado en el cementerio para no católicos de Roma, su epitafio fue ordenado a distancia por el padre

y reza en latín: «El hijo de Goethe, precediendo a su padre, murió a los 40. 1830». ² ¡El hijo de Goethe! Ni siquiera se menciona su nombre... Su padre, una vez más, pensando sobre todo en sí mismo. Pero, pese a las tan lamentables apariencias, somatizando de nuevo su íntimo disgusto con una grave enfermedad.

Hay que decir, que el escapismo de Goethe no se redujo solo al tema de la muerte, aunque este sea el más destacado y llamativo, sino que se extiende a casi todas las facetas que podían resultarle de algún modo desagradables. Saliendo del mundo de las patologías físicas, es asimismo muy notable la aversión de Goethe a las cortapisas y ligaduras del matrimonio (por mucho que acabara cayendo muy tardíamente en uno no planeado), lo que deriva en un larguísimo y conocido historial de fugas *in extremis* dejando tras de sí una estela de amadas y prometidas abandonadas y desechadas, en algunos casos con no poca razón. Esa propensión suya a cortar con sus parejas femeninas cuando la cosa se ponía seria ha dado lugar a un río de especulaciones de todo tipo que pasan, desde suponer que tenía un temor cervical a las enfermedades venéreas, algo muy posible dada la marcada hipocondría de Goethe, hasta incluso la sospecha de un componente de homosexualidad o bisexualidad latente que explicaría algunos versos ambiguos, determinados pasajes de sus novelas³ o sus grandes amistades masculinas (empezando por la del duque, con quien a veces compartía cuarto nocturno, algo que se comentaba en Weimar, pero que no era nada raro en la época, y terminando por alguno de sus secretarios, pues de alguno habla en términos apasionados en alguna carta). No cabe duda de que Goethe tenía una mentalidad bastante más abierta que la media de su época en todo lo relativo a la sexualidad, pero especular

2 La tumba reza en latín: *Goethe Filius/Patri/Antevertens/Obiit/Annor XL/MDCCCXXX*.

3 *Vid. infra* en cap. iv el epígrafe: «Versos obscenos, el erotismo sin tapujos».

sobre los deseos ocultos o las eventuales conductas secretas de este notable mujeriego es caer en la pura conjetura. En la investigación literaria siempre hay modas, y ahora toca encontrar homosexualidad latente o secreta en todo escritor o escritora famosos igual que durante mucho tiempo en España todo escritor del siglo de Oro parecía que tenía que ser por la fuerza un judío converso. La verdad suele estar en un punto intermedio entre la tendencia antigua a tapar todo cuanto era incómodo y hacer hagiografías completamente falsas de todos los hombres célebres —a los que había que convertir en sublimes, eludiendo particularmente los aspectos sexuales considerados turbios—, y la tendencia actual a querer encontrar elementos compatibles con actitudes actuales en todas las vidas ilustres, lo que resulta sencillamente anacrónico.

Sea como sea, lo que sí parece una verdad evidente en el caso de Goethe es que —por razones que nunca llegaremos a conocer— existe en él una inhibición patológica a todas las ataduras y situaciones incómodas. El caso más célebre de huida real es sin duda su viaje a Italia, el acontecimiento que marca tal vez la mayor cesura en la vida de este hombre tan activo, pero que, sin embargo, nunca solía hacer viajes fuera de tierras germánicas, una circunstancia que le permitía sacar pecho al duque frente a su célebre amigo, porque él por lo menos sí había vivido algunas temporadas en las grandes metrópolis, como París, Viena o Londres, mientras su amigo se quedó siempre voluntariamente limitado a una vida mucho más provinciana. Cuando Goethe se decide por fin a viajar a Italia —un viaje que intuye necesita para incentivar su creatividad—, lo hace con nocturnidad y sin avisar ni a su patrón el duque ni a su amante titular del momento, Charlotte von Stein, de cuyo estrecho marcaje sin duda necesitaba ya escapar, además de huir de paso de la asfixiante vida de la corte.

Esta actitud sorprendente se repite numerosas veces a lo largo de su vida, a veces forzando la paciencia del duque hasta límites inexplicables que, sin embargo, él parece tener muy bien

medidos, pues cada vez se permite más desplantes y desafecciones que nunca tienen consecuencias graves. Si de joven acompaña al duque en sus viajes políticos e incluso hasta el campo de batalla, a partir de su regreso de Italia se distancia de ese tipo de obligación, e incluso cuando el duque se lo pide expresamente, no son pocas las veces en las que él desobedece y se limita a mandar una misiva explicando que se ha marchado a otro lugar. Así lo hace en la primavera de 1814, cuando el duque regresa de su campaña militar en los Países Bajos contra Napoleón: ambos se ven fugazmente tras ocho meses de separación —durante los que el duque no ha cesado de escribir misivas a su amigo y consejero áulico—, pero pese a los ruegos de su patrón, Goethe rehúsa acompañarlo a Viena para los largos meses de negociación que se calcula durará el famoso Congreso y que tan importante se revela para el futuro del ducado. Hay que decir que coincide justo con la época de escritura continuada del *Diván de Oriente y Occidente* y de su amor por Marianne von Willemer, que son las cosas que de verdad ocupan su mente en esas fechas, por lo que no quiere abandonar ese momento de intensa pasión y renovada vena poética. Así que, una vez más, cuando se encuentra de nuevo con el duque en Heidelberg tras el Congreso —después de un año entero sin verse—, aunque este le pide que siga viaje con él, Goethe solo obedece por el breve espacio de dos días, acompañándolo hasta las cercanas Karlsruhe y Mannheim, y luego ya no puede más, se altera al recibir algunas indicaciones de la amante del duque para que participe en las diversiones previstas en Mannheim, y huye de allí mandándole a su patrón una simple misiva de disculpas. Su joven amigo Sulpiz Boisserée, que está esos días con él, dice literalmente: «Está muy afectado, no ha dormido bien, se ve en la necesidad de huir, —y añade—: Teme al duque».

Pero ¿por qué iba a temer Goethe a su amigo el duque? ¿Por qué tensa tanto la cuerda con él y lo rehúye de ese modo, hasta la desobediencia, en esos años del final de la época napoleónica y la reorganización territorial de Alemania? ¿Por qué ni si-

quiera lo secunda en las cruciales negociaciones del Congreso de Viena, aprovechando además su excelente relación personal con Metternich, que le ha concedido una condecoración que lo colma de orgullo? ¿Por qué tampoco está nunca en Weimar para recibir y homenajear al duque cuando este regresa durante esos duros años de sus campañas militares o de la firma de importantes tratados para engrandecer el ducado? Pues, en buena parte, porque las divergencias políticas entre ellos se han ido agrandando hasta volverse enormes; al fin y al cabo, Goethe es un gran defensor de Napoleón y el duque uno de sus más acérrimos enemigos, coincidiendo en ese aspecto con los nuevos nacionalismos románticos. «¿Qué va a decir ahora Goethe de su dios tutelar?», comenta con ironía el duque en carta a su esposa tras el Tratado de Fontainebleau y la abdicación de Napoleón, aunque él mismo mantenga en el plano personal, como casi todo el mundo, un juego de ambigüedades con el emperador francés —por si se tuercen las cosas— y Napoleón incluso actúe de padrino de su nieta Marie. Pero hay otra razón mucho más íntima para explicar la actitud de Goethe con el duque, y es que —como es propio de su carácter— prefiere refugiarse decididamente en la escritura y en su mundo personal, mientras el resto del mundo pelea, negocia y debate, cosas que él detesta. Él mismo reconoce en 1815 que se ve «altamente constreñido de huir del mundo verdadero, que supone una amenaza tanto manifiesta como callada, para ir a refugiarse en uno ideal».

En el fondo, el duque Carl August, que era un hombre de acción y de política, y Goethe, refractario a las turbulencias, no estaban hechos para entenderse, pero su amistad era demasiado honda y antigua como para romperse; y una manera de evitarlo, al menos así parecía entenderlo Goethe, era no involucrarse demasiado en los asuntos conflictivos. Y tampoco es que fuera siempre por simple comodidad o cobardía, aunque visto desde la sensibilidad del momento a muchos les pareciera que el gran escritor se ponía siempre de perfil cuando tocaba elegir bando en momentos históricos candentes; lo cierto es que Goethe

también destacaba por ser un hombre de una gran sensatez y posiblemente no le faltaba razón en algunas de las críticas que hacía a los exaltamientos o a los exaltados políticos del momento, por no hablar de su comprensible aversión a la violencia de las masas desatadas o a los conflictos bélicos.

Por desgracia, a este hombre tan poco amante de la violencia le tocó una época llena de guerras, revoluciones y algaradas, seguramente las cosas que más le repugnaban a escala humana, lo que llegó a provocarle episodios de manifiesta somatización del miedo, como ocurre por ejemplo en el año 1830, cuando el ya anciano escritor padece trastornos cardíacos al enterarse del estallido de la revolución de julio en París. Seguramente era una reacción patológica motivada por su traumático recuerdo de las campañas vividas en primera persona en 1792, cuando tuvo que acompañar al duque de Weimar al campo de batalla de los prusianos contra las tropas revolucionarias francesas y tuvo que deambular entre «las ruinas, los cadáveres y las montañas de carroñas de animales muertos y de excrementos» expuesto a graves riesgos, algo que jamás olvidó y le hizo antirrevolucionario de por vida.

Son solo unos cuantos ejemplos, pero relevantes, de una actitud vital decididamente «en contra de la muerte», así como de todo aspecto negativo de la existencia.

Pues bien, este gran virtuoso de la vida, escribe en una carta fechada el 20 de septiembre de 1780 al suizo Lavater: «El ansia por conseguir que la pirámide de mi vida se alce lo más alto y afilada posible hacia los aires [...] supera a todo lo demás». Con apenas treinta y un años, ya tiene muy clara su misión. Y es que, en su obsesiva huida de la muerte, Goethe también cinceló su memoria como una verdadera obra de arte, cultivó su propia leyenda y se esforzó por hacer todo lo necesario para elevarse hasta las alturas de la Historia escrita con mayúsculas. Con la mira puesta en ese fin, consagra sus últimos años de vida a disponer, hasta el último detalle, cómo debe quedar asegurado todo su legado material e intelectual para, al menos, sobrevivir en la me-

moria. Y, verdaderamente, se puede afirmar que Goethe es uno de los pocos grandes hombres que se fue de este mundo sabiendo a ciencia cierta que había conseguido la inmortalidad.

* * *

Las biografías de Goethe han ido cambiando la perspectiva que tenemos del gran hombre desde su muerte. Si durante todo el siglo XIX y principios del XX se esforzaron por encumbrarlo hasta la altura casi de un semidiós, por supuesto de obligada lectura en todas las escuelas e institutos, cuyas sentencias se usaban, citaban e imprimían reverencialmente —y las hay para casi cada cosa de este mundo—, y cuya vida se contaba muy arreglada y convenientemente expurgada para revestirla de dignidad, en la segunda mitad del siglo XX se le ha empezado a ver de un modo mucho más realista. Hay que agradecer el esfuerzo de los nuevos biógrafos por poner las cosas en su sitio y dejarnos ver también al hombre real por debajo de la máscara del genio y la pose del dios. Ya Richard Friedenthal⁴ logró un equilibrio en su notable biografía entre la admiración que sin duda merece Goethe y la crítica a sus también numerosas flaquezas. En la parte humana no se puede agradecer lo bastante la labor de Sigrig Damm para convertir a Goethe en un hombre de carne y hueso en sus obras biográficas de divulgación, muy populares en Alemania; su lectura de la relación con su esposa Christiane es hoy inexcusable, por mucho que duela y lo haga caer del pedestal. Si para mucha gente estas nuevas biografías traen consigo un efecto desilusionante, pues ahora le vemos todas las grietas a la máscara del dios, la verdad es que son un soplo de aire fresco y abren la puerta a una crítica más ponderada que no se siente obligada a juzgar cada paso dado por Goethe ni cada verso escrito por él como

4 *Vid.* obras biográficas recogidas en nuestra bibliografía.

una obra maestra. Al fin y al cabo, Goethe no necesita tanta justificación, pues su brillantez está fuera de duda, y seguir buscando al sublime «genio» romántico en un hombre tan sensato y prudente, tan alérgico a la morbosidad y el desequilibrio, resulta inútil y contradictorio. La biografía más actual y famosa, la de Rüdiger Safranski, sopesa con cuidado el valor del legado de Goethe a la luz de la actualidad. Y pone el dedo en la llaga de lo que fue el hombre mediante el lema y la intención que presiden su obra: *La vida como obra de arte*. Es un gran título, pues define bien qué fue Goethe.

En las siguientes páginas trataremos de abordar una biografía de Goethe desde una perspectiva desprejuiciada y a la manera de una evocación íntima del hombre y no de su legado literario, científico o filosófico, lo que requeriría muchas páginas para alcanzar un mínimo de profundidad. No obstante, también aportamos unas guías complementarias de lectura básica sobre diez obras muy distintas —que al menos parcialmente se combinan con el tema o espíritu de cada capítulo— que permiten entrever la riqueza y originalidad de su legado literario y que confiamos que animen a releer su obra.

La bibliografía especializada sobre Goethe y su obra es ingente. Por eso, aquí no intentaremos añadir un ensayo académico más a la larga lista, sino solamente trazar una semblanza amena que nos permita atisbar, a través de unos pocos episodios conscientemente seleccionados, y sin pretensiones de exhaustividad, las luces y sombras de un hombre de carne y hueso... que vivió para ser inmortal.

HELENA CORTÉS GABAUDAN
Universidad de Vigo, 2023